

Sección Rescate

A cargo
de:
Alvaro
Quesada*

“CRÓNICA AÑEJA” por Guiomar⁽¹⁾

Esta “crónica añeja” firmada con el pseudónimo de Guiomar, nos ofrece la posibilidad de un atisbo a la vida en el San José de la década de 1880 y de una ojeada a las funciones del antiguo Teatro Municipal, destruido en 1888 por el terremoto que sacudió ese año a la ciudad capital.

Es una relación que de cosas pintorescas nos hace esta viejecita de 72 años, una viejecita siempre joven, que sabe ser amiga leal (...)

Cuando yo estaba chiquilla, los baños escaseaban en San José. Por la Cuesta de Moras había una pila hondísima, punto de

reunión de muchas mujeres que iban a bañarse y a nadar. Los hombres no podían ir por respeto a la moral de entonces.

¿Los vestidos de baño?

— Eran originales; ridículos, si se quiere. Figúrese Ud. que se ponían enaguas viejas de lana: se adaptaban la pretina al cuello; por el hueco donde antes estaba la bolsa, sacaban un brazo y por la manera, el otro. Ahora me da risa al recordarlo, pero antes me parecía una cosa muy natural. Se imagina Ud. el cuadro con semejantes nadadores?

“Pocas diversiones había cuando yo era jovencilla. Los bailes de sociedad

* Profesor Escuela Filología, Lingüística y Literatura, U.C.R.

eran generalmente en el Salón Chaves, situado en la esquina que ahora ocupa la Joyería de Scriba y González. Había muy buenas orquestas. Bailábamos valeses, polcas, mazurcas y el baile de lanceros; éste requería mucha atención, pues tenía figuras diversas". El Teatro Municipal estaba donde hoy queda la Escuela Italia. La verdad es que no podría precisarle el lugar. Era un edificio destartado, feote y de paredes encaladas. Los palcos carecían de asientos; cada familia que deseaba asistir a una función, tenía que enviar con anticipación el número de sillas que necesitaba. Al día siguiente, un criado iba a recogerlas.

¿La iluminación?

Se hacía con candelas colocadas en arañas enormes que pendían del techo. Se usaban también unas lamparitas de canfín. Era frecuente que una señorita se volviera hacia su amiga: "Mirá qué churrete de esperma me han caído en el vestido".

"En ese entonces se comía muy temprano y como las tandas comenzaban a las ocho, se servía un chocolate antes de partir. Después... a arreglarse. Nada de afeites. Los trajes eran de sedas excelentes; usábamos chaquetillas en punta que se tallaban a fuerza de varillas y que dejaban el tronco como metido en un molde. Muy largas y anchas eran las enaguas."

¿El peinado?

Se usaba pava, pero no lo que llaman cerquillo. Se sacaban dos carreras laterales y el pelo comprendido entre ellas, se recortaba y luego se hacía en crespos. Atrás, por lo general, se hacían bucles.

¿Sombreros?

Y pañolones. ¡Qué tiempos aquellos! Aquí no había tintorerías y, por eso, cuando se quería teñir algún pañolón bueno, se enviaba a Londres. Recuerdo que los sombreros eran pequeñones y se ponían "a la pedrada".

Un poquillo de opresión en el pecho, en espera de los tres cohetes que anunciaban la ansiada función. ¡Qué gracia hoy! Siempre hay funciones, son varios los teatros y muchas las tandas. Reparten programas, las anuncian los periódicos y la radio. Además, si llueve, se pide un rápido. En esa época no había autos y los coches eran muy escasos. Un aguacero impedía la función.

¡Qué calles! Realmente eran intransitables. Un farol en cada esquina era toda la iluminación. A veces, un criado, provisto de una linterna tenía que ir adelante para alumbrar el camino.

Venían compañías espléndidas como la de Villalonga. Así fue como vimos tantas óperas, operetas, dramas, comedias y zarzuelas. Pero también llegaban prestidigitadores que entretenían al público las horas muertas.

Largos los intermedios: se aprovechaban para tomar algo. El papá, el hermano, el novio, salía a buscar "comedera y bebedera" a las ventas, situadas frente al teatro. Recuerdo a Caraciola Ocaña, señora dueña de uno de esos puestos, que hacía un café rico. Dada la orden, era cumplida inmediatamente; al palco llevaban el chocolate o el café, pasteles y tosteles. Con el "puntalito" estábamos bien hasta las 11 y media o doce de la noche en que terminaba la función".

(1) Tomado de REPERTORIO AMERICANO. TOMO 31, N°6, 1936. p. 93.